

## EL SALTO

Últimamente mi vida no va nada bien. Bueno, para ser sincero y más exacto, todo me va tremendamente mal. Así las cosas, me encuentro sentado en el alféizar de la terraza de mi ático situado en la octava planta a punto de dar el salto que acabe con las desgracias que, en los últimos meses, se han ido acumulando en mi persona como si fuera un imán que las atrajera; como si todas las constelaciones, signos zodiacales y todo tipo de malos augurios se hubieran confabulado contra mí haciendo que mi vida, hasta entonces feliz y bastante afortunada, pasara a ser un cúmulo de calamidades.

Quizás parezca una frivolidad o resulte tragicómico pero en estos momentos estoy recordando que en una ocasión, creo que fue en Singapur, salté desde una plataforma de puenting y me imagino que la sensación que sentiré será parecida a la de entonces, un potente vértigo inicial y una fortísima subida de adrenalina durante el salto que va decreciendo mientras permaneces colgado en el aire a unos metros del suelo, sólo que esta vez no quedaré colgado en el aire y acabaré estampado sobre la acera. Pero antes de dar el salto os quiero hacer partícipes de los acontecimientos que me han llevado a esta situación. Procuraré no extenderme demasiado ya que no es mi intención aburriros y sólo persigo, contándoos mi historia, que alguien conozca y comprenda los motivos que me inducen a tomar esta drástica determinación.

Mi nombre es Federico Linemeyer, tengo treinta y dos años y hasta hace menos de un año me consideraba la persona más feliz y afortunada del mundo. Era director en España de una empresa publicitaria de ámbito internacional que me proporcionaba, además de cuantiosos ingresos, continuos viajes a lugares variopintos y exóticos. París, Roma, Singapur, Manila, New York, Bora Bora, fueron algunos de los lugares que mi trabajo me permitió visitar y disfrutar de sus encantos. En cada uno de ellos dejaba la impronta de un ejecutivo trabajador incansable, eficaz y dinámico. Me sentía admirado y respetado por los colegas allá donde fuera, mi gestión en la empresa era cada vez más reconocida y estaba a punto de ser trasladado a las oficinas centrales en New York como subdirector general. Todo esto no os lo cuento por fardar, a estas alturas (vaya, creo que dada mi posición no he estado muy fino) no necesito pegarme ningún moco.

Contaba con varios amigos pero sobre todo con uno que era el más grande, el mejor. Salvador y yo nos conocimos en nuestra época estudiantil y desde el principio de nuestra amistad nos compenetramos a las mil maravillas, la sinceridad presidía todos nuestros actos

y decisiones y compartíamos aficiones, proyectos e ilusiones profesionales. Él, como yo, estaba preparado para acceder a cualquier puesto de responsabilidad. Por eso, cuando me contrataron como director tras largas entrevistas, presentaciones de proyectos y un buen número de vuelos Madrid-New York-Madrid, mi primera decisión fue ofrecerle el puesto de subdirector. Necesitaba una persona de mi confianza. ¡Quién mejor que él!

El amor también me sonreía. María, a la que conocí en la presentación de uno de nuestros proyectos en Roma, era una emergente y cotizada modelo. Sus grandes y refulgentes ojos verdes, envueltos en larguísimas pestañas, me cautivaron desde la primera mirada que cruzamos, fueron dos imanes que me atrajeron poderosamente (esto tengo que reconocer que me ha quedado de lo más cursi, pero entenderéis que no os diga lo que realmente me llamó la atención de ella, así que lo dejo a vuestra imaginación). Fuera lo que fuere, en dos meses estábamos viviendo juntos en el hermoso ático, situado en uno de los barrios más lujosos de Madrid, que costaba una fortuna y cuya amortización mensual se llevaba gran parte de mis ingresos. Nuestra relación era idílica, llena de momentos dulces y apasionados, viajábamos juntos cada vez que nuestros trabajos lo permitían y experimentábamos continuamente esas sensaciones que sólo el amor, el más sorprendente y maravilloso de los sentimientos humanos, es capaz de proporcionar.

Hasta aquí, aunque relatado brevemente y circunscribiéndome a los aspectos más importantes en la vida de cualquier persona, todo más que perfecto como habréis podido deducir sin que estallen vuestras neuronas. Pero ¡ay! la suerte es veleidosa, te da y te quita a su antojo como podréis comprobar a continuación.

La primera de mis desgracias fue profesional. Perdimos el mejor cliente de la empresa, cuya cartera de pedidos alcanzaba anualmente los ocho dígitos, al que presentamos un gran proyecto publicitario a escala internacional que supondría mi espaldarazo para ascender a la cúspide de la empresa. Tras las quejas recibidas del cliente, a las que añadía la anulación de todos los pedidos pendientes y trasladándolos a otra empresa de la competencia, la dirección general abrió una investigación detectándose en el proyecto presentado errores de ejecución y presupuestarios, tan burdos, que llegaron a la conclusión que alguien los había cometido ex profeso para favorecer a la otra empresa. Todos los documentos llevaban mi rúbrica así que me señalaron como culpable y mi despido fue fulminante, sin derecho a indemnización alguna. Los que nos dedicamos a estos negocios sabemos cómo funcionan las cosas. Si se comete un error bajo tu dirección y pierdes un buen cliente, en este caso el mejor, pues te quedas con el culo al aire y de patitas en la calle. Así me quedé, sin trabajo, con una cuantiosa hipoteca por pagar y un futuro profesional nada halagüeño sobre todo en un

mundo, el publicitario, donde la competencia es inhumana y estas cosas corren de boca en boca cual reguero de pólvora. A pesar de todo, mi conciencia permanecía límpida como agua de manantial, ni siquiera me paré a pensar quién demonios pudo haber cometido semejantes errores o quién sería el hijo de mala madre que me había hecho semejante jugarreta. Tras mi destitución nombraron director a Salvador lo que me reconfortó en parte sabiendo que, al menos, mi amigo salía beneficiado.

Lo siguiente, supongo que ya lo habéis deducido, fue mi situación económica. No tenía ahorros suficientes para atender la hipoteca del ático y seguir con el nivel de vida que hasta entonces llevábamos y me puse manos a la obra utilizando todos los contactos y amigos que tenía para encontrar otro trabajo, acorde con mi capacidad y experiencia, pero todos me abandonaron a mi suerte aduciendo cualquier excusa por muy peregrina que resultara. Así que, además de las presiones del banco exigiéndome los pagos de la cuantiosa hipoteca que cada vez se acumulaban más, comenzaron los clásicos problemas de pareja cuando los ingresos merman considerablemente y afectan a la normal convivencia debido a las presiones económicas que te sumen en un constante temor y sientes que estás a punto de reventar por todas las costuras porque las deudas se interponen como un grueso muro entre tú y cualquier perspectiva de futuro. María viajaba continuamente y ya no podía acompañarla. Nos estábamos distanciando y no sólo debido a su alejamiento físico a causa de su trabajo sino también en el terreno afectivo y sexual. Nuestra relación entraba en una dinámica complicada y discutíamos cada vez con más frecuencia pero, aún así, tenía la suficiente confianza en ella y en mí mismo para creer que podíamos salir adelante juntos.

El último y definitivo palo, el que colmó el vaso, hundió mi espíritu e hizo que ahora me encuentre a punto de acabar con mi vida, me lo dieron, al alimón, Salvador y María cuando mi confianza en ellos era plena y sin fisuras pues nunca observé ningún comportamiento que me indujera a pensar que ocurriría aquello. Por eso el palo, más bien el estacazo, fue tremendo. Un día, al volver a casa de improviso, me encontré con el marrón. No os daré datos exactos de la escena, creo que no es necesario y me resultaría muy doloroso, pero para que lo captéis sin necesidad de devanaros los sesos os diré: mi casa, mi cama, mi novia y mi amigo. Os dejo añadir, a la situación que sucintamente he descrito, la dosis de morbo que se os ocurra sin temor a equivocaros.

Mi corazón quedó hecho añicos, mi alma vagaba en pena y quedé totalmente hundido, moral, sentimental y profesionalmente, sin poder taponar tantos huecos que perforaban mi cuerpo por dentro y por fuera. Sin amor, sin amigos, muy pronto sin casa y sin recursos económicos ni opciones de encontrar un trabajo digno. Durante unos meses lo intenté todo

para salir adelante, traté de olvidar lo ocurrido y curar mis males mediante sesiones de terapia en un gabinete psicológico de los mejores de España, en el que gasté buena parte del dinero que me quedaba, pero no lograba expulsar de mi mente la escena de la traición produciéndome episodios de ansiedad cada vez más duraderos y períodos de gran insomnio. Mi desesperación era total, mi abandono físico era visible y estaba convencido que un gusano o cualquier otro bichejo se sentía más feliz en este mundo que yo. A la hora de buscar empleo no me limité al sector publicitario y lo intenté en cualquier otra actividad que me permitiera salir de la situación límite en la que me encontraba sin obtener ningún resultado positivo y en cuanto al ático, que ya no me parece tan hermoso, he recibido varios avisos de desahucio y en unos días está previsto mi desalojo. No os extrañará, pues, que esté a punto de tomar, ésta, mi última y fatal decisión.

Bueno, llegó el momento. He fumado un cigarrillo como el último deseo de un reo antes de ser conducido al patíbulo y voy a saltar. Gracias por aguantarme, pediros perdón por involucraros en tan lamentable situación y espero que me comprendáis mis queridos amigos y amigas, porque así os considero después de abriros mi corazón y haceros partícipe de todos mis problemas. Adiós.

Jerónimoooooooooooooooooooo

**H**ola amigos y amigas, ha pasado algo más de un año y aquí estoy de nuevo. Supongo que os estaréis preguntando ¿pero bueno, este tío no saltó? Después del tostonazo que os di con mis cuitas ¿creéis que sería capaz de echarme atrás? ¡De ninguna manera! Salté. Y no os lo vais a creer, pero a partir de entonces la fortuna me sonrió de nuevo. Como os dije, antes de saltar, la suerte es veleidosa y después del salto todo me vuelve a favorecer de manera desmesurada.

¿Puede alguno de ustedes decirme cuáles son las probabilidades de obtener un pleno de aciertos en el Euromillón? No, no creáis que fue eso, no, fue mucho más. Porque ¿podéis calcular las posibilidades que existen de caer sobre una persona y salvar la vida cuando saltas al vacío desde un octavo piso? Pues a mí me ocurrió y salvé la vida aún a costa de la muerte de esa persona, aunque también tuvo algo que ver el toldo de una marquesina que amortiguó mi caída, pero lo más sorprendente e incalculable es que, además, esa persona fuera Salvador. Al parecer iba a visitarme con intención de solicitar mi perdón por todo el daño que me había causado. Después de todo, aunque no pudo hacerlo, los remordimientos y el hecho que María lo abandonara por un actor de pacotilla, le hicieron recapacitar sobre el comportamiento tan miserable y rastrero que había tenido conmigo, su amigo de toda la vida. Porque, amigos y amigas, fue Salvador el que modificó los datos de aquel proyecto para desacreditarme y acceder a mi puesto, lo planeó de acuerdo con María de la que nunca llegué a ver la parte morbosa, ambiciosa y oscura que, tan bien, me había ocultado durante nuestra relación. Encontraron la oportunidad de quitarme de en medio mientras estaban liados desde meses antes que los descubriera con las manos y algo más en la masa.

Por supuesto que no salí ileso del salto. Sufrí politraumatismos en todo mi cuerpo y he necesitado algo más de un año para poder caminar casi normalmente pero, durante ese tiempo, mi abogado consiguió que la empresa me indemnizara por mi injusto despido con una importante cantidad -me perdonaréis que no os la diga para evitar problemas con Hacienda- y me readmitiera en el cargo de director hasta que mi estado de salud sea más completo y pueda trasladarme a New York donde me espera el puesto de subdirector general.

A María me la encontré al poco de salir del hospital y casi no la reconocí. Su deterioro físico me pareció sospechoso y aunque ella no me lo dijo, tan sólo me pidió insistentemente que la perdonara, supe más tarde que el actorzuelo la había dejado tirada y arruinada no sin antes sumergirla profundamente en la adicción a la cocaína a la que la arrastró durante su relación, su carrera de modelo estaba acabada. Por supuesto que, a pesar de su sucio comportamiento, la perdoné y le ofrecí ayuda. Lo hice, os lo podéis creer, de corazón. Un nuevo amor lo

llenaba de alegría y satisfacciones y en él no quedaba lugar para rencores ni malos rollos.

En el hospital conocí a Luz, enfermera de cuerpos y almas. Encargada de curar mis heridas físicas se preocupó también de las psíquicas y nuestra relación enfermera-enfermo pasó en poco tiempo a ser de una buena amistad en la que compartimos confidencias, ella supo de mis problemas y me confió los suyos. Había terminado con una relación de la que no salió bien parada y poco a poco, a través del roce diario, abrimos nuestros corazones. Comenzamos a sentirnos atraídos, terminamos declarándonos y a mi salida del hospital comenzamos a vivir juntos. A pesar que podía recuperar el ático no quise saber nada de él, sólo me podía traer malos recuerdos y decidimos vivir en la modesta casa de Luz. Situada en un barrio popular es una de esas casas antiguas, totalmente remozada, con dos dormitorios, un pequeño salón-comedor, la cocina y el cuarto de baño. En la entrada, un pequeño porche y un parterre a cada lado en los que ella tiene plantadas algunas flores y plantas.

Es una delicia estar a su lado. Es sensible, dulce, sencilla y honesta y la enfermería, más que una profesión, es su devoción. Del aspecto físico de Luz no os voy a ser partícipe y no por falsa modestia, sino porque podría resultar más cursi aún que cuando lo hice de María y después de lo que pasó me da yuyu. Lo cierto es que me siento felizmente enamorado y correspondido, seguro de haber encontrado, esta vez, la mujer de mi vida. Convivir con ella es muy fácil. Su alegría, el cariño y la pasión que me muestra en cualquier momento, en cualquier lugar, hace que me sienta inmensamente dichoso. La luz que irradia Luz (¡qué bonito suena repetido!) ilumina mi ser y ha hecho que mi fatalismo y tristeza se transformen en optimismo y exultante alegría. En mi horizonte se abre un panorama cargado de esperanzas y maravillosas posibilidades. Atrás he dejado las largas noches de insomnio, soledad y negros pensamientos, con Luz he recuperado mi seguridad y autoestima, vuelvo a ser el ejecutivo infatigable y eficiente pero, además, mi relación con ella ha aportado a mi vida personal y profesional una sensibilidad y sencillez que antes no sentía.

Como podéis ver todo me ha ido de lujo desde que salté, pero aún hay más. He querido dejar para el final el más feliz de los acontecimientos que me han sucedido desde entonces y deseo, por supuesto, compartirlo con ustedes: Luz y yo vamos a ser padres. Hoy os puedo decir que mi existencia, con la que estuve a punto de acabar en aquellos oscuros y aciagos momentos, se ha convertido en felicidad plena y no necesito pedirle más a la vida después de lo que me pasó.

Ahora sí, ahora me despido de vosotros pero no como la primera vez sino con un hasta luego. Hasta siempre mis queridos amigos y amigas, la megafonía del aeropuerto de Barajas está anunciando el embarque de mi vuelo con destino New York donde me incorporaré a mi

nuevo puesto en la empresa y Luz tiene previsto, tras dar a luz (otra feliz repetición aunque, en este caso, intencionada) reiniciar su trabajo de enfermera en un hospital público de la misma ciudad donde valoraron su extraordinaria experiencia profesional. Antes de partir, deciros que tenéis en mí a un amigo que os estará agradecido para siempre y que os desea lo mejor en vuestras vidas. Podéis contar conmigo para cualquier cosa que necesitéis y para ello os facilito mi email: [elsalto@hotmail.com](mailto:elsalto@hotmail.com).

Por último, dejáros un consejo que espero y deseo de todo corazón que sigáis: Aunque a mí me ha ido todo más que bien y la suerte, con su veleidad, me ha sido tremendamente favorable ¡Nunca, mis entrañables amigos y amigas, nunca hagáis lo que hice yo!